

**Armando López Castro**

**María Luzdivina Cuesta Torre**

**(editores)**

**ACTAS DEL XI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL  
(Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)**

**VOLUMEN I**



**UNIVERSIDAD DE LEÓN**

Secretariado de Publicaciones

2007

Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (11º. 2005. León)

Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval : (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005) / Armando López Castro, María Luzdivina Cuesta Torre (editores). -- [León] : Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 2007

2 v. : il. ; 24 cm.

Contiene : Vol. I – Vol. II. – Textos en español, portugués y catalán  
ISBN 978-84-9773-357-6

1. Literatura medieval-Historia y crítica-Congresos. I. López Castro, Armando. II. Cuesta Torre, María Luzdivina. III. Universidad de León. Secretariado de Publicaciones. III. Título

82.09"04/14"(063)

© **Universidad de León**

Secretariado de Publicaciones

© Los autores

ISBN: 978-84-9773-357-6

Depósito Legal: LE-1443-2007

Impresión: Universidad de León. Servicio de Imprenta

# LIBROS Y LECTURAS DE CRISTÓBAL COLÓN

Nicasio Salvador Miguel

Universidad Complutense de Madrid

## I. «LA AUTORIDAD DE LOS ESCRITOS»

A los pocos días de morir Hernando Colón (12 de julio de 1539), hijo de don Cristóbal y de la cordobesa Beatriz Enríquez de Arana, uno de los criados del prócer escribía a su sobrino don Luis Colón, tercer almirante y primer duque de Veragua, para comunicarle algunos detalles sobre el fallecimiento del tío y darle cuenta de la herencia que le correspondía. Entre tapices, guadamicieles, arcas de plata «y otras muchas cosas de muebles de casa, y mucha ropa blanca», el sirviente destacaba que

heredole también en 15.370 libros condicionalmente: que vuestra señoría dé cada año 100.000 m[a]r[avedíe]s para reparo de ellos y de una persona que tenga cargo de ellos y de limpiarlos<sup>1</sup>.

De casta le venía al galgo. Pues la pasión bibliófila de don Hernando, que le había servido de acicate para ir constituyendo a lo largo de decenios la biblioteca particular más copiosa y admirable de aquel tiempo renacentista, no había surgido de la nada sino que, como hoy diríamos, la llevaba trazada en su ADN, como uno de los rasgos heredados de su padre y, en cierta medida, de su tío Bartolomé. Así, aun cuando «los albores» de la biblioteca pueden situarse entre 1506 y 1509 y su configuración sistemática a partir de 1510<sup>1</sup>, su germen se encontraba en libros de ambos: por caso, una obra de Cecco d'Ascoli, que había pertenecido a su tío, o el ejemplar en latín y toscano (*Soprascripti et introscripti epistolarum latine titulis in toscano*) que el mismo don Bartolomé le había regalado en 1509, antes de embarcar para las Indias<sup>2</sup>; pero, sobre todo, los libros anotados por su padre, hoy, junto con el *Libro de las profecías*, convenientemente preservados en la Biblioteca Colombina (desde 1992, Institución Colombina, junto con la Biblioteca Capitular)<sup>3</sup>, por más que este grupo no constituya sino una parte de las lecturas de don Cristóbal. No resulta exagerado, por tanto, que Francisco López de Gómara, al comentar en su *Historia de las Indias* (1552) los miles de volúmenes atesorados por don Hernando, apostille que no le extraña por ser «cosa de hijo de tal padre»<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> La carta, sin fecha pero indudablemente muy cercana al acontecimiento que la provoca, se conserva en el Archivo Municipal de Sevilla, Sección XI (Papeles del conde del Águila, en folio, vol. 63, núm. 7). La transcribe J. Gil, traducción de «*El libro de Marco Polo*» y las apostillas a la «*Historia natural*» de Plinio, Madrid, 1992, pp. XVIII-XIX (desde ahora, Gil, trad. *Marco Polo*).

<sup>2</sup> Vid. E. Jos, *Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de Don Fernando Colón*, Sevilla, 1945, pp. 49-54; T. Marín Martínez, «estudio introductorio» al libro de T. Marín Martínez, J. M. Ruiz Asencio y K. Wagner, *Catálogo concordado de la biblioteca de Hernando Colón*, Sevilla, I, 1993, pp. 49-54.

<sup>3</sup> Tomo el dato de Gil, trad. *Marco Polo*, pp. XI y XLV.

<sup>4</sup> De la progresiva verificación del poseedor de esos ejemplares se ocupa N. Casquete de Prado, «Avatares de los libros del Almirante en la Biblioteca Capitular y Colombina», en *Cristóbal Colón. Los libros del Almirante*. [Catálogo de la exposición de ese mismo título (Burgos, junio-julio 2006), Zamora, 2006, pp.111-127. En cuanto a los libros reunidos por el hijo, vid. T. Marín Martínez *et alii* (citado en la nota 2; en curso de publicación, con dos volúmenes impresos).

<sup>5</sup> Francisco López de Gómara, *Historia de las Indias* [en *Historiadores primitivos de Indias*, I, dir. E. de Vedia, BAE, XXII], Madrid, 1946, p. 172b. La idea de que Hernando heredó del padre «su afición por los libros» se halla

En efecto, la hazaña descubridora de Cristóbal Colón ha conducido con frecuencia a olvidar o, al menos, minusvalorar sus facetas de lector y escritor, unidas a partir de cierto momento, pese a que el propio personaje reconoció siempre la importancia que los libros habían tenido en sus proyectos y sus logros. Un claro botón de muestra se encuentra en una carta a los Reyes Católicos, escrita desde Cádiz o Sevilla en un momento indeterminado de 1501, en la cual, tras recordar que, hacía más de cuarenta años que «entré en la mar navegando», añadía que su instrucción se apoyaba en la práctica marinera, en el «trauto y conversación con gente sabia» y en el «estudio» (vale decir, las lecturas)<sup>5</sup>.

El examen de las aficiones librescas de Colón tropieza, sin embargo, con no pocos problemas, el más grave de los cuales resulta el de la diacronía, ya que no cabe atisbar su comienzo, especialmente si, como parece asentado, aceptamos su humilde origen como hijo del tejedor genovés Domenico Colombo y Susana Fontanarossa y, si rechazando las ínfulas de don Hernando y del padre Las Casas sobre unos presuntos estudios tempranos en Pavía<sup>6</sup>, admitimos también su precoz dedicación al trabajo marinero, de acuerdo con su propia confesión de 1501 y con otros retazos biográficos.

Por tanto, contando entre diez y catorce años, según el contraste de sus propias declaraciones y de varias fuentes, cuando empieza sus labores en la mar, la formación de Cristóbal, al igual que la de tantos muchachos europeos de su época, debía limitarse en el terreno religioso a unas nociones esenciales de doctrina cristiana; en lo profano, al conocimiento de las primeras letras, los rudimentos de escritura y las operaciones elementales de cálculo; y, acaso, como mucho, a algunas nociones de canto<sup>7</sup>. Un bagaje, desde luego, bastante exiguo en comparación con la madurez que parece exhibir cuando, a mediados de la década de 1470, arriba a Portugal, si bien en la docencia religiosa hubo de encontrar los cimientos del hondo interés por la Biblia que le marcará toda su vida, al tiempo que la mezcla de latín y romance que solía emplearse en esa enseñanza hubo de constituir ya entonces el inicio de su aprendizaje de la lengua latina que llegará a leer y escribir.

En este contexto, a pesar de la desesperanza que producen los escasos datos sueltos que cabe asir desde el estreno en la etapa marinera hasta la llegada a Portugal, no queda otro remedio que convenir que, durante esa larga temporada, Colón, mientras de la armada genovesa pasaba a las actividades comerciales y a la práctica del curso, debió seguir un largo proceso de aprendizaje, en parte inducido (y quizás estimulado) por sus relaciones y en parte autodidacta, mediante el cual logró consolidar su experiencia marinera, soltarse en otras lenguas y adentrarse en diversas lecturas. Durante esos años, en primer lugar, aun cuando limitado al Mediterráneo, Colón empezó a adquirir un conocimiento de los asuntos del mar que llegaría a ser «abundoso»<sup>8</sup>,

---

también en algún crítico moderno (por ejemplo, T. Marín Martínez, pp. 203-205 del “estudio introductorio” a la obra citada en nota 2; F. Fernández-Armesto, *Cristóbal Colón* [1991], Madrid, 2004, p. 49).

<sup>5</sup> La carta la trasladó Colón de su mano al comienzo del *Libro de las profecías*, sin fecha ni lugar, aunque Las Casas cree que se escribió en la fecha y desde uno de los lugares que indico arriba en la transcripción conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. Res. 21), de donde procede la edición de *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, ed. C. Varela. *Nuevas cartas*, ed. J. Gil, Madrid, 1992, documento LIII, pp. 444-448 [444-445]. (Cito esta obra, desde este momento, como *Textos*, salvo cuando me refiero a la introducción de J. Gil, que cito como Gil 1992, y las notas a los documentos que cito como Varela-Gil 1992).

<sup>6</sup> Hernando Colón, *Historia del almirante*, ed. L. Arranz [que sigue en esencia la de M. Serrano y Sanz, 1932], Madrid, 1984, III, p. 54 (la cifra romana remite al capítulo); Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias* [en *Obras escogidas de fray Bartolomé de las Casas*, BAE, XCV], ed. J. Pérez de Tudela Bueso y E. López Oto, con “estudio crítico preliminar” de J. Pérez de Tudela, Madrid, 1957, I, iii, p. 23a.

<sup>7</sup> Aunque referidos a una princesa, por haberse realizado su educación infantil lejos de la corte y sin expectativas de gobierno, pueden espigarse datos y bibliografía sobre lo que constituía la educación primaria en la época, similar en toda Europa, en N. Salvador Miguel, “La instrucción infantil de Isabel, infanta de Castilla (1451-1461)”, en *Arte y cultura en la época de Isabel la Católica*, ed. J. Valdeón Baroque, Valladolid, 2003, pp. 155-177.

<sup>8</sup> Según dice en la citada carta de 1501.

de modo que, aún en enero de 1495, en una carta que envía a los reyes desde La Española, se ufana del dominio que ya en 1472 poseía de los instrumentos de navegación, gracias al cual, probablemente en el escenario del golfo de León y el mar Tirreno, pudo variar el rumbo de una nao sin que lo notara la tripulación, pues, mudando

el cevo del aguja, di la vela al tiempo que anohecía, y, otro día, al salir del sol, estábamos dentro del cabo de Carthágine, tenido todos ellos por cierto que íbamos a Marsella<sup>9</sup>.

En segundo lugar, además de ampliar un tanto su latín, acaso en práctica con «gente sabia», la necesidad de tratar con muy diversos individuos en las zonas por las que se mueve le obligará a combinar su originario dialecto italo-hablante (es decir, la variante propia de la región de Génova) con «la jerga que entonces se llamaba «levantisca», esto es, del Levante, del Mediterráneo en general»<sup>10</sup>, sin que esto suponga abandonar su lengua natal ni mucho menos hacer de esa habla un modo habitual de expresión, tal como dan a entender algunos<sup>11</sup>, sino meramente circunstancial, al estilo de lo que ocurre en otras profesiones. En tercer término, si bien la ausencia de precisiones cronológicas en la carta de 1501 y la penuria documental impiden cualquier otra concreción, tengo como seguro que, ya en estos años, emprendió su acumulación de lecturas y el ejercicio de las habilidades cartográficas también mencionadas en la misma carta, pues resultaría totalmente inverosímil que la avidez lectora no se le hubiera despertado hasta los veinte y muchos años, tras su llegada a Portugal.

Con todo, fue el período portugués, que se extiende probablemente desde 1476 o una fecha cercana hasta los primeros meses de 1485, el que marcó un progreso transcendental en la ampliación de los saberes de Colón, comenzando por la adquisición de una nueva lengua que sin ninguna duda tuvo que emplear durante su estancia en aquel país, porque, aun cuando no quede ningún escrito suyo en ese idioma, los portuguesismos gráficos, vocálicos y léxicos afloran de vez en vez<sup>12</sup>; y en esa lengua le escribirá Juan II una carta, el 20 de marzo de 1488, una vez que llevaba tres años en Castilla<sup>13</sup>. Evidentemente, también, Colón, consciente de que el latín le resultaba imprescindible para adentrarse en los autores antiguos, tuvo que esforzarse durante estos años en su instrucción, ya que, en otro caso, no hubiera podido acceder a una serie de obras que entonces leyó. No descarto tampoco, sin embargo, que Colón tuviera presente desde antes el valor que debía concederse al latín como lengua de relación internacional, lo que explanaría que su hermano Bartolomé, pese a que Las Casas asegura que «no tenía letras latinas», cuando presentó un mapamundi al rey de Inglaterra, tiempo después, lo acompañó, según don Hernando, con unos versos en latín «que yo hallé entre sus escritos»<sup>14</sup>. De todas maneras, el proceso de su aprendizaje del latín resulta imposible de trazar a partir de los datos suministrados por los autores más cercanos, como Las Casas, aunque el hecho no admite vuelta de hoja.

Durante la estadía portuguesa, Colón incrementó asimismo su experiencia marinera, al adquirir una nueva práctica navegadora en el Atlántico a través de sus viajes comerciales al archipiélago de Madeira, que rememora en su carta de enero de 1495 a los reyes<sup>15</sup>, así como a las Azores, y a través de su implicación en las exploraciones a Guinea (es decir, las zonas situadas al

<sup>9</sup> Documento XII, en *Textos*, p. 285.

<sup>10</sup> Gil 1992, p. 31.

<sup>11</sup> Por ejemplo, L. Arranz, *Cristóbal Colón*, Madrid, 1987, p. 13.

<sup>12</sup> Da ejemplos interesantes Gil 1992, pp. 43-45.

<sup>13</sup> Texto en J. Gil y C. Varela, eds. *Cartas de particulares a Cristóbal a Colón y Relaciones coetáneas*, Madrid, 1984, n° IV, p. 143 (desde ahora, Gil-Varela 1984).

<sup>14</sup> *Historia del almirante*, X, p. 86, con reproducción de los versos.

<sup>15</sup> Copia el fragmento Las Casas y se publica en *Textos*, documento XII, p. 286. Se cita también en la *Historia del almirante*, IV, p. 57.

sur de las Canarias), mencionadas en apostillas en sus ejemplares de la *Historia rerum Imago mundi*<sup>16</sup>, en el *Diario del primer viaje* y en la carta a los reyes de enero de 1495<sup>18</sup>. Tales periplos no solo le procuraron un contacto asiduo con navegantes portugueses sino que le permitieron percatarse de las peculiaridades del Océano y las diferencias de sus corrientes y vientos respecto al Mediterráneo, además de darle la oportunidad de manejarse en el uso de instrumentos para la navegación de altura y de llegar hasta el continente africano.

Pero sus años en Portugal le resultaron igualmente cruciales a Colón para la obtención de diversos conocimientos teóricos, a lo que debieron de contribuir sus conexiones con figuras allegadas a la corte portuguesa, facilitadas en parte por la rama materna de su esposa, Felipa Moñiz, gracias a la cual logró una honorabilidad social<sup>19</sup>, y con expertos náuticos y astronómicos, como «el maestro José» (o sea, el reconocido cosmógrafo Josep Vizinho) y «otros muchos», a quienes recuerda en apostillas a la *Imago mundi*<sup>20</sup> y a la *Historia rerum*<sup>21</sup>, y de los que pudo obtener informaciones diversas. En este entorno de relaciones cortesanias, habría que situar la sustracción o copia ilegal de la carta de Toscanelli al canónigo lisboeta Fernando Martins, en la que se habla de la posibilidad de viajar a la India («los lugares de la especiería») a través del oeste, es decir, por un camino similar al que luego propondría Colón. Una carta adulterada, hay que decir, al menos en la copia transmitida, pues, aun en el caso de admitir su autenticidad, resultan evidentes las manipulaciones, mientras que la pretendida correspondencia entre Colón y el humanista florentino se me hace espuria de todo punto<sup>22</sup>.

La etapa portuguesa le sirvió aún para profundizar en indagaciones teóricas y en sus aplicaciones: así ocurre con su esmero por el estudio de las cartas de marear, que en casos le proporcionó su suegra<sup>23</sup>, y que, desde entonces, manejó con detalle en no pocas ocasiones, según revelan sus referencias en una apostilla a la *Imago mundi*<sup>24</sup> o en distintos momentos del *Diario de a bordo*<sup>25</sup>. Tal preparación le valió para desarrollar unas habilidades cartográficas que le permitirán subsistir algún tiempo durante su permanencia en Castilla, vendiendo a los navegantes cartas marinas, «las cuales sabía muy bien hacer», al decir de Las Casas<sup>26</sup>; y esa afición, nunca abandonada<sup>27</sup>, la irá perfeccionando hasta llegar, una vez en Castilla, a confeccionar mapamundis<sup>28</sup> y «debusar espera» [‘dibujar esfera’] personalmente (por su «ingenio» y

<sup>16</sup> *Textos*, pp. 89-90; 91.

<sup>17</sup> *Textos*, pp 90; 90-91.

<sup>18</sup> Edición citada, p. 285. Recuerda el texto su hijo (*Historia del almirante*, IV, p. 57).

<sup>19</sup> Vid. simplemente Arranz 1987, p. 19. Fernández-Armesto califica a la mujer de “aristócrata” (*ob. cit.*, p. 43) y L. Suárez escribe que el matrimonio “le había permitido enlazar con la nobleza de Portugal” (L. Suárez, *Isabel I, reina*, Madrid, 2000, p. 394).

<sup>20</sup> Traducción en *Textos*, pp. 90-91 (texto latino, p. 90).

<sup>21</sup> Traducción y original latino en *Textos*, p. 91.

<sup>22</sup> Pueden confrontarse, entre otros, los pareceres enfrentados de H. Vignaud, *Toscanelli and Columbus*, London, 1902; A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Barcelona-Buenos Aires, 1945, I, pp. 314-342; A. Cioaranescu, “Portugal y las cartas de Toscanelli”. *Estudios americanos*, 14 (1957), pp. 1-17.

<sup>23</sup> *Historia del almirante*, V, p. 61.

<sup>24</sup> Vid. *Textos* (primer viaje), pp. 90-91

<sup>25</sup> Sigo la edición de Varela-Gil 1992 (primer viaje), en *Textos*, pp. 104-105.

<sup>26</sup> *Historia de las Indias*, I, xxx, p. 115a.

<sup>27</sup> Aún en el preámbulo al *Diario* del primer viaje anota que, junto a la escritura diaria de los acontecimientos, «tengo propósito de hazer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar e tierras del mar Océano en sus propios lugares, debaxo su viento, y más componer un libro y poner todo por el semeiante por pintura, por latitud de equinoccial y longitud del Occidente» (ed. Varela-Gil 1992, p. 97).

<sup>28</sup> Según testimonio de Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado de los reyes Católicos*, ed. J. de M. Carriazo, Madrid, 1962, cap. CXVIII, p. 270 (habla de un mapamudi).

«manos»<sup>29</sup>, una novedad casi total en su tiempo<sup>30</sup>. Estas destrezas las transmitió a su hermano Bartolomé, quien pudo subsistir durante los años que vivió en Inglaterra porque, además de mapas y mapamundis, «sabía hacer muy bien cartas de navegación, esferas y otros instrumentos de aquella profesión, en lo que había sido instruido por el almirante, su hermano»<sup>31</sup>.

Por fin, en los años de Portugal Colón incrementó notablemente su arsenal de lecturas, de manera que, según su propia confesión, aprendió «lo que abastava» de astrología, geometría y aritmética, y profundizó en otras materias: «he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras cosmografía, istorias, corónicas y filosofía y de otras artes». Ciertamente Colón no precisa cuándo empezó a progresar en esos conocimientos, resumidos en su carta a los reyes de 1501, pero, al indicar que los aprendió en su tiempo de «marinería», hay que deducir que se refiere al tiempo anterior a su llegada a Castilla, lo que confirma también lo indicado sobre Bartolomé<sup>32</sup>.

Más en concreto, entre los libros que debió echarse al colete, junto con la inseparable Biblia, figuran la *Geografía* de Ptolomeo, citada de vez en vez incluso para disentir<sup>33</sup> y destacada por Bernáldez entre sus lecturas<sup>34</sup>, más la *Imago mundi* de Pierre d'Ailly, considerada por Las Casas como el libro que «a Cristóbal Colón más entre los pasados movió a su negocio»<sup>35</sup>; con alguna posibilidad la *Historia rerum ubique gestarum*, de Eneas Silvio Piccolomini, y la *Historia natural*, de Plinio; y acaso el libro de viajes de Marco Polo<sup>36</sup>. En la *Geografía* ptolemaica, impresa en Roma, en 1478, con veintiséis mapas grabados en acero, Colón tropezó con las opiniones de Marino de Tiro que, si discutidas por Ptolomeo, consideró él más exactas, sobre todo tras leer la obra de Pierre D'Ailly, terminada en agosto de 1410 y publicada en Lovaina hacia 1483, en la que se coincidía con Marino, al admitir que «el Océano que se extiende entre el extremo de la última España y la costa oriental de India no tiene demasiada anchura». Tales cálculos le parecieron concordar, aunque lo conociera por medio de D'Ailly, con los de Alfagrano, quien asignaba una longitud de seis millas y dos tercios a un grado terrestre, si bien Colón no reparó en que Alfagrano empleaba la milla árabe y no la itálica, y, aunque en una apostilla a la *Imago mundi* asevera que él mismo había compulsado tales mediciones «con el cuadrante y otros instrumentos muchas veces»<sup>37</sup>, tal método para la comprobación de la latitud

<sup>29</sup> Documento LIII, en *Textos*, p. 445.

<sup>30</sup> En el diario del 24 de octubre de 1492, al dirigirse a Cuba, cree que es la isla de Cipango, porque «en las esperas que yo vi y en las pinturas de mapamondos es ella en esta comarca» (*ed. cit.*, p. 124), pasaje que «parece ser [...] el primer testimonio del globo terrestre» y ejemplo claro de que «se distingue entre globos y planisferios» (según comentan los editores, *ibid.*, p. 124, n. 49). Vuelve a mencionar «mapomondos» *ibid.*, p. 138.

<sup>31</sup> Hernando Colón, *Historia del almirante*, XI, pp. 85-86.

<sup>32</sup> Don Hernando recuerda esta carta (*Historia del almirante*, IV, p. 5), señalando inmediatamente antes que «supo también hacer diseños para plantar tierras y fijar los cuerpos cosmográficos en plano y redondo» (*ibid.*, III, p. 55).

<sup>33</sup> Vid. *Relación del tercer viaje*, en *Textos*, documento VIII, p. 240; carta a los reyes desde La Española (enero de 1495), *ibid.*, documento XII, p. 285; *Relación del tercer viaje*, *ibid.*, documento XXX, pp. 376, 379; *Relación del cuarto viaje*, *ibid.*, documento LXXIV, p. 488.

<sup>34</sup> *Ed. cit.*, CXVIII, p. 270.

<sup>35</sup> *Historia de las Indias*, I, xi, p. 43b.

<sup>36</sup> Para E. Jos, los autores que influyeron en la «cosmografía colombina» fueron Ptolomeo, D'Ailly, Eneas Silvio y Marco Polo, amén del pseudo-Esdras («La génesis colombina del Descubrimiento», *Revista de Historia de América* [México], 14 (junio 1942), a quien cita, aceptando sus planteamientos, J. Manzano Manzano, *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida*, Madrid, 1989<sup>2</sup>, pp. 106-107). A. Cioranescu considera seguras las lecturas de Ptolomeo, D'Ailly y Polo («Colón, humanista», en *Colón, humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Madrid, 1967, pp. 11-57). Arranz piensa que debió leer primeramente a Eneas Silvio y D'Ailly, mientras que «más adelante» consultaría a Ptolomeo, Marco Polo y Plinio (Arranz 1987, pp. 25-26). Pero, aunque estemos ante conjeturas, se me hace que la lectura de Ptolomeo debió preceder a las restantes, dada su nombradía en los saberes geográficos que interesaban a Colón, por lo que figura luego entre sus primeras adquisiciones. Por el contrario, J. Gil juzga que estas lecturas fueron tardías, como explico más adelante, con algún que otro detalle.

<sup>37</sup> Vid. *Textos*, pp. 90-91.

en el mar era poco fiable en el siglo XV<sup>38</sup>. Menos seguro es que ya entonces sumara a estas opiniones la de Marco Polo, en cuyo célebre libro de viajes, difundido en varias lenguas y en múltiples manuscritos antes de su llegada a los tórculos, se hablaba de la habitabilidad de la tierra al este del continente asiático, con lo que se llenaba el hueco de la zona que se representaba como incógnita en los mapas antiguos; pero desde luego sí que estaba empapado del pasaje del pseudo-Esdras, el cual, con la autoridad indudable que se ahijaba a la Biblia, consideraba que, de las siete partes del universo, solo una estaba formada por agua y las restantes por tierra. Así, su impugnación de las medidas suministradas por Ptolomeo, aunque cupiera interpretarla como la actitud de un hombre moderno que se rebela frente a las veneradas *autoritates*, le llevó a cometer una equivocación crucial en los cálculos para su proyectada empresa marítima que, así, se convirtió en «el éxito del error»<sup>39</sup>.

Como consecuencia de esa pluralidad de intereses, Colón llegó a pergeñar la idea de navegar a las Indias<sup>40</sup>, presentando su proyecto al rey portugués Juan II en una fecha indeterminada, pero muy posiblemente a fines de 1484, ya que su rechazo provocó el enfado del futuro almirante y su traslado a Castilla<sup>41</sup>, si bien en marzo de 1485, según una anotación en la *Historia rerum*, aún se hallaba en Lisboa y, a lo que se desprende de la apostilla, con buenos nexos en la corte.

En suma, cuando Colón pisa Castilla en la primavera de 1485, además de su vasta experiencia marinera, es un hombre bastante cultivado: conoce varias lenguas (italiano, portugués, latín, amén de chapurrear ocasionalmente una jerga levantina)<sup>42</sup>, posee sobrados conocimientos cartográficos y se encuentra arropado por un apreciable caudal de lecturas de temática geográfica y cosmográfica que le resultaban imprescindibles para defender su plan<sup>43</sup> y en las que seguirá profundizando en años sucesivos. No obstante, pese a la seducción y convencimiento con que defenderá su empresa, distintos grupos de expertos («sabios e letrados e marineros») la desestimarán, al menos en dos ocasiones, porque las medidas del océano que aportaba Colón –y, por tanto, las distancias hasta la India y Cipango, que era lo que buscaba– estaban aminoradas por haber confiado en Marino de Tiro, D’Ailly, la Biblia y, acaso, Marco Polo, es decir, en sus lecturas.

No cabe detenerse aquí en los avatares de estos años<sup>44</sup>, aunque parece importante recordar que sus conocimientos le sirvieron a Colón, al menos, para subsistir durante cierto tiempo (quizá los últimos meses de 1487 y primeros de 1488) vendiendo a los navegantes, como ya se ha señalado, «cartas de marear» y ejerciendo también como «mercader de libros de estampa»<sup>45</sup> en las ciudades de Andalucía, lo que, por un lado, muestra su capacidad para adaptarse a un negocio totalmente novedoso, ya que dependía de la reciente aparición de la imprenta y, por otro, testimonia la conexión de Colón con el mundo de los libros impresos, en el

<sup>38</sup> Fernández-Armesto, pp. 59-60; y bibliografía de p. 297, n. 24.

<sup>39</sup> Tomo la frase del reciente y sugestivo libro de J. L. Comellas, *El éxito del error. Los viajes de Colón*, Barcelona, 2005.

<sup>40</sup> Documento LIII en Varela-Gil 1992, p. 445.

<sup>41</sup> En la *Historia del almirante* (XI, pp. 84-86), Hernando añade otros detalles y, aunque no especifica la data de partida, la coloca como consecuencia de la inadmisión de su empresa.

<sup>42</sup> Si Colón había aprendido ya castellano durante su estada portuguesa se sigue discutiendo, pero es una cuestión en que no deseo entrar aquí. Vid., con todo, en este catálogo, J. J. Gómez Asencio, «Cómo hablaría Colón el español», ob. cit., en n.4. pp.63-82.

<sup>43</sup> Con otros planteamientos también Fernández-Armesto considera que «en los primeros años del decenio de 1480» Colón ya se interesó seriamente en esas lecturas (pp. 61-63; cita, p. 63).

<sup>44</sup> Para los mismos sigue resultando imprescindible el citado libro de J. Manzano Manzano.

<sup>45</sup> Las Casas menciona lo primero (*Historia de las Indias*, I, xxx, p. 115a), Bernáldez lo segundo (CXVIII, p. 269). Los meses que indico como posibles para estos menesteres los defiende Manzano Manzano, pp. 184-185.



que, recién inaugurado el arte de reproducción mecánica, solo se implicaban personas con cierta preparación cultural.

Por fin, pese al reiterado rechazo de su proyecto, Colón siguió confiando en «la autoridad de los escritos» que resultó una de las causas fundamentales que le empujaron a emprender su viaje, como atestiguan su hijo<sup>46</sup> y luego Las Casas<sup>47</sup> y como el mismo Colón reconocerá en 1495, en la mencionada carta a los reyes, al señalar que la experiencia marinera, las conversaciones con entendidos y las lecturas habían sido el motivo de que Dios le hubiera abierto «el entendimiento con mano palpable a que era hacedero navegar de aquí a las Indias»<sup>48</sup>.

## II. LA BIBLIOTECA DE COLÓN

Las opiniones que se han vertido acerca de la biblioteca de Colón, sobre la que él mismo no aportó datos precisos y de la que no se ha salvaguardado ningún inventario, son muy escasas y muy dispares, amén de expresarse con frecuencia de manera tangencial y descontextualizada, ya que más bien hay que deducirlas de la opinión que cada crítico manifiesta en torno a la formación del personaje. Para unos, así, era hombre de pobres conocimientos<sup>49</sup>, de «pocos libros» y de «erudición fácil»<sup>50</sup>, «muy limitado en ciencias y saberes teóricos»<sup>51</sup>, mientras que, para otros, su biblioteca era buena<sup>52</sup> y hasta «respetable para la época», sin necesidad de que Colón llegara a ser un «bibliófilo»<sup>53</sup>, como lo fue su hijo.

Ahora bien, a falta de inventario, la biblioteca de Colón, como la de cualquier otro contemporáneo, únicamente cabe reconstruirla por los apuntes que puedan suministrar las compras realizadas, los libros con su firma o sus notas o cualquier otra mención documental. Testimonios ciertos de este tipo no quedan, sin embargo, antes del descubrimiento, lo que debe achacarse tanto a la vida transhumante de Colón como a su precaria situación económica en un momento donde el precio de los libros resultaba tan elevado que se guardaban en arcas junto a las joyas más apreciadas. Por otro lado, tales informaciones son poco abundantes porque Colón no se preocupó de preservar sus papeles y libros hasta 1501, tras la incautación que en 1500 sufrieron sus escritos a manos de Ovando en La Española.

### II.1. LAS COMPRAS

Con estos distinguos, entre las primeras adquisiciones de Colón debió figurar la *Geografía* de Ptolomeo (es decir, su *Cosmographia sive de situ orbis*), cuyo ejemplar se ha perdido, ya que es falsa la firma que se le atribuye en un folio del volumen conservado en la Real Academia de la Historia<sup>54</sup>. No hay indicios de cuándo Colón se hizo con este libro, lo que pudo ocurrir antes o

<sup>46</sup> *Historia del almirante*, VI, pp. 62-66.

<sup>47</sup> *Historia de las Indias*, I, v-x, pp. 27a-45a; y cf. I, xxviii, p. 105b.

<sup>48</sup> Documento LIII, en *Textos*, p. 445.

<sup>49</sup> A. Ballesteros Beretta, *ob. cit.*, I, p. 345.

<sup>50</sup> Manzano Manzano, p. 110.

<sup>51</sup> Así, Arranz (1987, p. 22), quien se basa en el empleo de la expresión «lo que abastava» cuando da cuenta a los reyes en 1501 de lo que había aprendido de varias materias (astrología, geometría y aritmética), sin tener en cuenta que se trata de una fórmula de modestia que, además, se aplica solo a una parte de las materias enumeradas, mientras que sobre otras señala una profundización («he yo visto e puesto en estudio en ver de *todas escrituras*»; subrayado mío). El mismo Arranz insiste poco después en que «su saber es muy limitado» (p. 25).

<sup>52</sup> Cioranescu, *Colón, humanista*, p. 55.

<sup>53</sup> Gil, ed. *Marco Polo*, p. IX.

<sup>54</sup> Sobre este volumen, vid. J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento, I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, pp. 129-130.

después del descubrimiento<sup>55</sup>; posterior es desde luego, la compra de un *Almanach perpetuum*, también perdido, que corresponde sin duda al libro de Abraham Zacut que con ese título se publicó en Leyria, en 1496, y en el que debió incluir alguna apostilla sobre el eclipse de luna que vivió en Jamaica, el 29 de febrero de 1504, ya que, al recordar el hecho en un pasaje autógrafo del *Libro de las profecías*, agrega: «vide Almanach»<sup>57</sup>.

En el otoño de 1497 o en los meses inmediatamente posteriores, recibiría el ejemplar de «Marco Paulo» (es decir, la edición latina de los *Viajes* de Marco Polo, impresa en Amberes, 1485) que había encargado al comerciante inglés John Day<sup>58</sup>, según se desprende de una carta que este dirigió «al manífico y virtuoso señor Almirante Mayor»<sup>59</sup>, identificado meridianamente con Colón por su primer editor L. A. Vigneras, y por D. B. Quinn<sup>60</sup>. Ese mismo ejemplar, o acaso otro de la misma edición, heredó don Hernando, reconocible hoy por haberse conservado en la Biblioteca Colombina y especialmente por las apostillas de Colón que orlan sus márgenes<sup>61</sup>, al igual que sucede con otros libros conservados en la misma Institución, cuya compra, aunque «de fecha incierta», se ha juzgado ser «más o menos de esos mismos años»<sup>62</sup> (1495-1497): la *Historia rerum ubique gestarum cum locorum descriptione non finita*, de Pío II (Venecia, Iohannes de Colonia et Iohannes Manthem de Gherretzem, 1477), que es una impresión que solo contiene la parte primera, dedicada a Asia<sup>63</sup>; el volumen misceláneo de Piere D'Ailly, encabezado por la *Imago mundi* y seguido de otros doce opúsculos suyos más cinco de Jean Gerson (Lovaina, Johannes de Westfalia, hacia 1483)<sup>64</sup>; y la traducción «di lingua latina in fiorentina» de la *Historia naturalis* de Plinio, realizada por Christoforo Landino para el rey Fernnado de Nápoles (Venecia, Bartolomaio de Zani Portesio, 1489)<sup>65</sup>.

Se ha sugerido que las compras de estos volúmenes se debieron al intento de Colón de confirmar sus teorías cosmográficas con posterioridad a su primer viaje, ya que antes «había hecho uso sin leerlas» de esas autoridades<sup>66</sup>, idea que se apoya sobre todo en algunas anotaciones hechas con certeza tras el descubrimiento. Nada impide, sin embargo, que las apostillas sean el

<sup>55</sup> Es posterior para Gil, ed. *Marco Polo*, p. IX.

<sup>56</sup> Gil, ed. *Marco Polo*, p. IX.

<sup>57</sup> *Trad. cit.*, pp. 104-105 (párrafo 208).

<sup>58</sup> Sobre el mismo vid. C. Varela, «John Day, los genoveses y Colón», en *Scritti in onore del Prof. Paolo Emilio Taviani*, Génova, 1986, III, pp. 363 ss.

<sup>59</sup> Archivo General de Simancas, Estado, Autógrafos, 103.

<sup>60</sup> Vid. L. A. Vigneras, «New Ligth on the 1497 Cabot Voyage to America», *Hispanic American Historical Review*, XXXVI-4 (nov. 1956), pp. 503-509; *id.*, «The Cane Breton Landfall: 1494 or 1497», *Canadian Historical Review*, XXXVIII-3 (1957), pp. 219-228; D. B. Quinn, «John Day and Columbus», *The Geographical Journal*, CXXII (1967), pp. 205-209. El texto resulta más accesible en J. Gil y C. Varela, *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Madrid, 1984, pp. 267-269.

<sup>61</sup> Utilizo la traducción del original y de las apostillas colombinas preparada por J. Gil y citada en la nota 1.

<sup>62</sup> Gil, ed. *Marco Polo*, p. IX.

<sup>63</sup> Me sirvo del siguiente volumen: Eneas Silvio Piccolomini (Papa Pío II), *Descripción de Asia*, trad. (del texto y de las apostillas) F. Socas, Madrid, 1992.

<sup>64</sup> Empleo la traducción siguiente, que no incluye todos los opúsculos, aunque sí la versión completa de las apostillas: Pierre D'Ailly, «*Ymago mundi*» y otros opúsculos, trad. A. Ramírez de Verger, Madrid, 1992. Gil piensa que este ejemplar debe ser «el libro de cosmografía del dicho don Cristóbal», con las «cruces» que él solía hacer, citado por fray Francisco en la probanza de la letra de Colón que se realizó el 9 de julio de 1510 (trad. *Marco Polo*, p. LIV); pero acaso podría referirse al volumen de Ptolomeo, hoy perdido. En cuanto a la probanza, la publica J. Gestoso, *Nuevos documentos colombinos. Carta que dirige a la Excma. Sra. Duquesa Vda. De Berwick y de Alba*, Sevilla, 1502.

<sup>65</sup> La edición parcial de los pasajes que contienen apostillas (y en casos traducción) puede leerse en Gil, *ob. cit.* en n. 1.

<sup>66</sup> Así, Gil, *Mitos y utopías*, pp. 23, 24, 123; y la trad. de *Marco Polo*, p. XXXI (de donde proviene la cita entrecomillada). Lo sigue Ramírez de Verger, *trad. cit.*, p. XV.

resultado de varias lecturas sucesivas en las que se hubieran ido añadiendo anotaciones complementarias, de acuerdo con los cambios que, como en cualquier persona, iban produciendo en Colón la experiencia, la relectura y la madurez intelectual. Varias incluso podrían proceder de notas tomadas en lecturas previas a la compra y conservadas en distintos papeles, de donde pasarían luego a los márgenes de los libros adquiridos, respondiendo al plan de que hablo enseguida. Así, alguna parece claramente anterior al descubrimiento, como cuando, a propósito de la llegada a Lisboa de Bartolomé Dias tras su arribo al cabo de Buena Esperanza, se apostilla en el ejemplar de Pierre D'Ailly que se ha producido en «este año [14]88»<sup>67</sup>. De cualquier manera, aun aceptando como fechas seguras de compra las que tan solo son verosímiles, no me caben dudas de que Colón conocía esos libros precedentemente<sup>68</sup>, pues, como él mismo recalca en la *Relación del tercer viaje*, enviada a los reyes el 18 de octubre de 1498, en las negociaciones que precedieron a su primera travesía atlántica,

se les amostró el escribir de tantos savios dignos de fee, los cuales escribieron istorias, los cuales contavan que en estas partes avía muchas riquezas, y ansimesmo fue nesçesario traer a esto el decir e opinión de aquellos que escribieron e situaron el mundo<sup>69</sup>.

Lo verdaderamente insólito e increíble sería que distintas comisiones de expertos hubieran llegado siquiera a escucharlo en el caso contrario.

Imposible resulta también establecer el orden en que se realizaron las compras, pues el orden de lectura que sugieren algunas apostillas no indica que la adquisición se haya producido de la misma manera. Así, en el volumen de Piere D'Ailly, Colón incluyó una apostilla (C 338)<sup>70</sup>, con comentarios de Pío II («el gran papa Pío») y con otras referencias a Ptolomeo y Plinio (C 322, C 323)<sup>71</sup>, lo que conduce a pensar que hubiera leído a esos autores con antelación, pero no necesariamente que hubiera comprado antes sus obras, y eso sin contar con que las notas puedan ser fruto de una segunda o tercera lectura.

En otro plano, este lote de obras, conservadas y perdidas, revela una sabia elección de los dos grandes geógrafos y cosmógrafos de la Antigüedad y del momento cercano, pues si Ptolomeo, redescubierto a principios del siglo XV, lucía aún como la autoridad más reputada y casi oficial para estas cuestiones, D'Ailly, cuyos textos habían señoreado las aulas de la

---

<sup>67</sup> C 23<sup>b</sup>; *trad. cit.*, p. 43 (subrayado mío).

<sup>68</sup> Además de sus referencias al conjunto de las obras citadas, Gil afirma también que Colón conocía «sólo de segunda mano» la obra de Plinio en los años que precedieron al descubrimiento, lo que, según él, «explica la manera imprecisa con que es invocada su autoridad en 1492», mientras que en 1498 «no se ha disipado todavía la vaguedad a la hora de citarlo» (trad. *Marco Polo*, p. LXIII, con ejemplos). Asimismo, arguye que «antes [de 1497] desconocía el contenido» del *Libro de Marco Polo* (trad. *Marco Polo*, p. XXXII) y, aunque admite sus influjos en el *Diario del primer viaje* (1984, pp. 47-49), los achaca a retoques posteriores a la primera redacción «en correspondencia con los nuevos conocimientos que iba adquiriendo» (trad. *Marco Polo*, p. XXXVII y cf. p. XLIX; y vid. antes del mismo J. Gil, *El «Libro de Marco Polo» anotado por Cristóbal Colón. El «Libro de Marco Polo» de Rodrigo de Santaella*, Madrid, 1988, pp. VII-VIII). Por su parte, Socas asegura sin argumentación que la *Historia rerum* la adquirió «después» del descubrimiento (*trad. cit.*, p. XXI). Sin embargo, Fernández-Armesto piensa que los escritos de Colón «muestran que en 1492 conocía perfectamente la versión de Marco Polo de determinados topónimos orientales» (p. 68), mientras que «diversas afirmaciones realizadas por Pío II en el llamado diario de Colón de su primer viaje transatlántico nos permiten determinar casi con toda seguridad que el explorador conocía perfectamente el libro antes de 1492» (pp. 72-73).

<sup>69</sup> Documento XXX en *Textos*, p. 366. Resulta curioso que, ante este pasaje referido sin duda a los tratos anteriores al primer viaje, se anote en la edición: «Es probable que se refiera a Pierre d'Ailly y Marco Polo, cuyos libros usó mucho después de 1492» (p. 366, n. 3). Bernáldez indica que asimismo les presentó un mapamundi (CXVIII, p. 270).

<sup>70</sup> *Trad. cit.*, p. 104.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 101.

Universidad de París, era nombrado en el prefacio a la edición de Lovaina como «el hombre más sabio de todos los tiempos»<sup>72</sup>. El libro de Plinio, por su parte, resumía enciclopédicamente los más variopintos conocimientos del mundo antiguo, vigentes en su gran mayoría, así como los prodigios de Oriente; Eneas Silvio aportaba numerosas noticias sobre la navegabilidad del Océano y las riquezas de Asia; Marco Polo, tenido como el más célebre libro de viajes del tiempo cercano, colmaba asimismo de informaciones sobre el Oriente añorado por Colón; y la obra de Zacut se convirtió desde su publicación en un renombrado manual astrológico. A tales textos hay que añadir la compra, muy posiblemente después del primer viaje, dada la fecha de su publicación, de un volumen de temática bien distinta, donde husmearía acaso modelos de personajes célebres en quienes mirarse y a los que emular: las *Vidas paralelas* de Plutarco (Sevilla, Pablo de Colonia *et alii*, 1491)<sup>73</sup>, en la traducción de Alonso de Palencia, cuyo ejemplar, cargado también de apostillas, se preserva en la misma Biblioteca Colombina.

## II.2. LAS APOSTILLAS

De acuerdo con lo adelantado, Colón, a lo que se desprende de esos cinco libros, tenía la costumbre de acribillar sus márgenes con signos diversos (cruces, subrayados, doble lineado serpeante), y en dos casos de la *Historia rerum* (B54 y B59)<sup>74</sup>, registró también unas palabras cifradas que no se han conseguido explicar. Pero, además, Colón adornó sus ejemplares con notas de número, extensión y contenido vario<sup>75</sup> que ya llamaron la atención de algún contemporáneo, pues Las Casas destaca que el volumen de la *Imago mundi* «todo lo tenía por los márgenes de su mano y en latín notado y rubricado»<sup>76</sup>. Aparte de esa lengua, usada como la habitual, también recurrió en algunas anotaciones en el volumen de Plinio al castellano y al italiano, como si en este caso se hubiera dejado llevar por el idioma de la traducción para recurrir a su habla nativa, en la que también escribe un párrafo de varias líneas en el *Libro de las profecías*, posiblemente de su propia mano<sup>77</sup>; y del dialecto italiano natal acaso deriven varios rasgos fonéticos de su latín<sup>78</sup>. Mas si Las Casas fue el primero en advertir sobre estas apostillas de Colón, al haber atribuido expresamente una de ellas a su hermano Bartolomé (C23)<sup>79</sup> fue también el iniciador de las discusiones que sobre su autoría han manejado de modo diverso unos cuantos críticos (S. de la Rosa, C. De Lollis, F. Streicher, H. Vignaud, J. Manzano), fundados en razones paleográficas no poco débiles. Juan Gil ha resuelto sus contradicciones espléndidamente haciendo ver que, si bien existen letras de más de una mano, las apostillas, tras pasar por «una fase de copia» en borrador, según muestra su pulcritud gráfica, han desembocado en

<sup>72</sup> Sobre la obra sigue siendo de gran valor la clásica monografía de E. Buron, «*Ymago mundi*» de Pierre D'Ailly, París, 1930 (3 vols.).

<sup>73</sup> Ramírez de Verger, *trad. cit.*, p. XV.

<sup>74</sup> *Trad. cit.*, pp. 17 y 19.

<sup>75</sup> Estas apostillas se recogen y reproducen facsimilarmente en C. De Lollis, dir. *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione colombiana pel quarto centenario della scoperta dell'America*, Roma, 1984, I, ii, pp. 289-525; I, iii, 1982; y I, iii (Suplemento), 1984. Son más accesibles, con todo, salvo en el caso de Plutarco, en las versiones al castellano que incluyen las traducciones anotadas de las obras respectivas.

<sup>76</sup> *Historia de las Indias*, I, xi, p. 43b.

<sup>77</sup> *Trad. cit.*, p. 103 (párrafo 203); con todo, la más larga nota en italiano es la penúltima de Plinio. Tras el tiempo pasado en España, no puede extrañar que en su italiano se escapen hispanismos fonéticos y léxicos (Gil, *trad Marco Polo*, pp. LXVII-LXVIII).

<sup>78</sup> Gil 1992, p. LVIII, con ejemplos.

<sup>79</sup> *Historia de las Indias*, I, xxvii, p. 104a.

un bloque homogéneo, que refleja una misma manera de pensar, una misma lengua y unos hábitos gráficos comunes, que no pueden ser atribuidos sino a Cristóbal Colón,

es decir, «han sido preparadas conforme a un plan previo» por el propio Colón<sup>80</sup>.

Tal forma de proceder explica la cohesión que se observa entre las distintas apostillas: así, por caso, en un capítulo del *Epilogo de la mapamundi* plagado de notas «sobre la medida y la extensión del universo», se escribe:

véase en el folio 13 lo que allí anoté para los lectores de este capítulo: que el agua no cubre las tres cuartas partes de la tierra y que todos los mares son navegables<sup>81</sup>.

En cuanto a la cifra, los textos de Plinio<sup>82</sup> y Marco Polo son los menos comentados, mientras que los ejemplares de Plutarco y la *Imago mundi* (junto con algunos otros títulos del volumen) se encuentran atestados de cientos de notas. Respecto a la extensión, las anotaciones muy sucintas (una, dos o tres palabras) se alternan con las de holgura mediana y los largos párrafos. Por lo que atañe al contenido, nos encontramos con simples llamadas de atención, destinadas a recordar algún punto crucial de la lectura, con comentarios o interpretaciones de lo leído y con anotaciones que parecen revelar un interés más íntimo y privado, como las que en el volumen de Plinio recalcan los auxilios contra las canas (XXVIII 164), la calvicie (XXVIII 164), el dolor de dientes (XXVIII 178 y XXX 21 ss.), el «remedio a la piedra» (XXXII 102) o el «remedio de la piedra y orina» (XXXII 103), en las que no hay que ver sino un tributo propio de la credulidad médica de la época<sup>83</sup>. En otros casos, las apostillas hurgan en algunos hechos biográficos, en especial sus experiencias marineras en el Mediterráneo y el Atlántico que avala mediante la fórmula definida por la retórica como *adtestatio rei uisae*: «quem vidimus», «in quo fui», «notauit cum diligentia», «me presente». Abundan, con todo, las notas de carácter geográfico, cosmográfico y astronómico que le ayudan a aprender o a confirmar sus teorías (países, ciudades, islas, accidentes geográficos, así como referencias a la forma, habitabilidad y superficie de la tierra), prestando atención preferente a aquellos lugares que sobresalen por la abundancia de oro, plata, piedras preciosas, seda, especias u otras riquezas, junto a las noticias de carácter extraordinario, exótico y maravilloso (costumbres, ritos, animales fabulosos o poco comunes en Europa, sin olvidar la posible localización del Paraíso terrenal).

<sup>80</sup> Gil 1992, pp. 63-69 (citas en pp. 68 y 69). La interpretación la acepta Socas (trad. Eneas Silivio, p. XXII, n. 29). Gil intentó reconstruir con más detalle lo que pudo ser el proceso de anotaciones en la citada traducción de Marco Polo, pp. XXXIX-XLVIII.

<sup>81</sup> *Trad. cit.*, p. 150.

<sup>82</sup> Vid. M. Conti, «Le postille di Cristoforo Colombo alla *Naturalis Historia*», en *Scritti in onore del Prof. Paolo Emilio Taviani*, Génova, 1986, III, pp. 75 ss. Son de interés las observaciones que sobre las apostillas en general hace J. Pérez de Tudela y Bueso, *Mirabilis in altis. Estudio crítico sobre el origen y significado del proyecto descubridor de Cristóbal Colón*, Madrid, 1983, pp. 329 ss.

<sup>83</sup> Copio dos ejemplos: «La ceniza del cuerno de ciervo afianza los dientes que se mueven y mitiga el dolor de los mismos»; «el escorpión marino atado en vino sana la vejiga y la piedra». Para distintas observaciones sobre una farmacopea similar estrictamente contemporánea, vid. N. Salvador Miguel, «Un texto médico del siglo XV: el *Tratado de las apostemas* de Diego el Covo», *Dicenda. Cuadernos de filología hispánica*, 6 (1987 [1990]), pp. 217-234.

### II.3. EL INTERCAMBIO DE LIBROS

Las adquisiciones mencionadas hasta ahora descubren a un personaje interesado en la posesión de libros, pues por la carta de John Day sabemos que Colón le había encargado también «el libro de *Inbinçio Fortunati*» (o sea, la *Inventio Fortunata* de Nicolas de Lynn, hacia 1360) que el inglés confiesa con pesar no haber hallado («displáceme mucho no lo hallar porque le quisiese mucho servir»), si bien es posible que lo conociera con anterioridad<sup>84</sup>. Pero esa carta desvela todavía otra faceta de la atracción que Colón mostraba por los libros y es su recurrencia a los empréstitos e intercambios que le permitían leer o transcribir aquellos títulos a que no podía tener acceso, lo que constituía algo habitual en una época donde los libros eran limitados y de muy alto coste. Day le ruega, en efecto, que, «cuando vuestra señoría fuese servido, entregue o mande dar el libro a miçer Jorge», lo que parece indicar que el inglés le había dejado un volumen para su lectura o copia y ahora le rogaba con mucha cortesía su devolución<sup>85</sup>.

Esas inclinaciones bibliográficas las siguió manteniendo Colón en los años siguientes, como prueban las noticias esparcidas en varias cartas escritas a fray Gorrício desde Granada a lo largo de 1501. Así, el 26 de febrero, comenta

el plazer y descanso que yo reçebí con ellos [la carta y el criado que la portó], en espeçial en la composiçion de aquella escritura, la cual viene tan proprio fixada para tan altos príncepes<sup>86</sup>;

agrega que se la devolverá para que «se escriba en letra más redonda», cuando la lea; y termina indicando que

el otro día os escriví de un libro de los viajes de las Indias que os envié con Ballester. Holgaría saber si le tenéis.

Resulta imposible concluir con certeza si «aquella escritura» es el *Libro de las profecias* o una obra del propio Gorrício (quizás las *Contemplaciones sobre el rosario*)<sup>87</sup>, aunque no creo que se trate de la primera<sup>88</sup>, y tampoco me atrevo a resolver si el libro «de las Indias» es la *India recognita* de Poggio Bracciolini o la relación del tercer viaje<sup>89</sup>, aun cuando me extraña que Colón hubiera usado un sintagma tan indeterminado («um libro») para nombrar una obra salida de su pluma. Totalmente utópico resulta también adivinar a qué se refiere el «enbultorio» del que Colón acusa recibo en una carta sin fecha del mismo año<sup>90</sup>, si bien el 24 de mayo vuelve a

<sup>84</sup> Gil, sin caer en cuenta de la contradicción, escribe que lo «consiguió más adelante, pues citan su testimonio D. Hernando y Las Casas entre los incentivos que promovieron el Descubrimiento» (trad. *Marco Polo*, p. XXXI). Pero, si se acepta que el libro sirvió de «incentivo» para el descubrimiento, hay que admitir que su lectura precedió a 1492; otra cosa es si después Colón pudo hacerse o no con un ejemplar, como en los casos que hemos examinado. Las referencias mencionadas por Gil corresponden a la *Historia del almirante*, IX, p. 73 (citado como «Juvencio Fortunato»); y la *Historia de las Indias*, I, xiii, p. 48b.

<sup>85</sup> Gil interpreta que era Colón quien le había prestado un libro al inglés (1984, p. 267), a quien posteriormente identificó con Jorge Bolestrad o Bolestud (trad. *Marco Polo*, p. XXXI y n. 9).

<sup>86</sup> Documento LIV, en *Textos*, pp. 449-450.

<sup>87</sup> Piensa lo primero A. Ballesteros Beretta, II, p. 489; lo segundo, A. Cioranescu, *Primera biografía de Colón y Bartolomé de las Casas*, Tenerife, 1960, p. 504.

<sup>88</sup> A mi juicio, la carta del 13 de septiembre de 1501 hace pensar que es entonces cuando le envía por primera vez el *Libro de las profecias*.

<sup>89</sup> Cree lo primero A. Cioranescu 1960, p. 449; lo segundo Varela-Gil 1992, p. 449, n. 4.

<sup>90</sup> Documento LV, en *Textos*, p. 451. El término «enbultorio» se usa como sinónimo de ‘escritos’, ‘documentos’, ‘recado de escribir’ en la carta a los reyes del 26 de febrero de 1495, desde el Puerto de Santa Cruz (Española): vid. documento XIII, en *Textos*, p. 290.

apuntar a intercambios bibliográficos entre ambos: «el libro os envié con miçer Francisco. En el mío non se hizo nada después a causa de unas callenturas»; y el 9 de junio le comunica que la reina «me diso que quería ver de espacio vuestra escritura, la cual es muy buena y bien consolatiba», añadiendo que «en mi escritura non entendí después y por esto no os la enbí». Este conjunto de misivas, además de mostrar la participación de Colón en la permuta de libros, al estilo de tantos cortesanos de la época, facilita otras conclusiones interesantes, ya que revelan su gusto por la lectura que le lleva incluso a recomendar a la reina una obra de su amigo (sin duda de temática religiosa)<sup>91</sup>; y la dedicación de Colón a la escritura de un texto que a buen seguro debe tratarse del *Libro de las profecías*.

#### II.4. OTROS EJEMPLARES

Las menciones bibliográficas contenidas en las cartas a fray Gorricio no aportan, sin embargo, nuevos datos concretos sobre la biblioteca de Colón y poca luz pueden añadir incluso las lecturas comprobadas, ya que por sí mismas no significan una prueba incontestable de la propiedad de un libro. Ninguna duda me cabe, con todo, de que en la biblioteca de Colón no faltaba desde época muy temprana un ejemplar de la Biblia, la obra más leída e influyente del Medievo, cuyos libros cita con minuciosa exactitud y de continuo para avalar sus exposiciones y argumentos en cartas, apostillas y escritos varios, amén de constituir la base del *Libro de las profecías*. Junto a la Biblia, es casi seguro que Colón poseyera también un texto indispensable para su interpretación: la asendereada *Glosa ordinaria* de Nicolás de Lyra, editada en Roma en 1471-1472 y en otras impresiones posteriores, que, amén de mencionar con detalle en algunas apostillas<sup>92</sup> y en la *Relación del tercer viaje*<sup>93</sup>, reconoce como obra que «en muchos lugares [...] aprovecha y alumbra» para la explanación bíblica en la carta a Gorricio con que se abre el *Libro de las profecías*<sup>94</sup>, donde vuelve a recurrir a la misma no pocas veces<sup>95</sup>.

Por otros caminos, cabe deducir aún la tenencia de unos cuantos volúmenes más. Gil, por ejemplo, considera que en la biblioteca colombina hubo un ejemplar de Mandeville, el otro gran libro medieval de viajes junto al de Marco Polo, basándose en el informe que, emitido por un grupo de cosmógrafos españoles reunidos en Elvas para discutir los problemas de límites con Portugal, copió en 1524 Hernando Colón, asistente a la reunión, aduciendo la autoridad de «Marco Paulo e Juan de Mandevilla en los mismos viajes que hicieron»<sup>96</sup>. A este argumento podría sumarse que Bernaldez, aunque no de forma manifiesta, parece sugerir que conocía a «Juan de Mandavilla», porque lo nombra al ocuparse de las concepciones cosmográficas de Colón<sup>97</sup>.

También debió pertenecer al almirante un ejemplar del difundidísimo *Catholicon* de Juan Balbo<sup>98</sup>, diccionario editado en Venecia, en 1487, que cita expresamente para autorizar la

<sup>91</sup> Sobre las aficiones lectoras de la reina y el ambiente literario de su corte, se hallan múltiples observaciones en N. Salvador Miguel, «El mecenazgo literario de Isabel la Católica», en *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado* (Catálogo de la Exposición celebrada en Valladolid, Medina del Campo y Madrigal de las Torres), Valladolid, 2004, pp. 75-86; *id.*, «La actividad literaria en la corte de Isabel la Católica», en *Isabel la Católica. Los libros de la Reina* (Catálogo de la Exposición celebrada en Burgos), Burgos, 2004, pp. 171-196; *id.*, «La visión de Isabel la Católica por los escritores de su tiempo», en *La maschera e l'altro*, ed. M<sup>a</sup> G. Profeti, Firenze, 2005, pp. 91-113.

<sup>92</sup> D'Ailly, C 23; *trad. cit.*, p. 44.

<sup>93</sup> Documento XXX, en *Textos*, p. 381.

<sup>94</sup> *Ed. cit.*, p. 3.

<sup>95</sup> Por ejemplo, pp. 9-10 (párrafo 10), 96 (párrafo 186), 111-112 (párrafo 221).

<sup>96</sup> Gil, trad. *Marco Polo*, p. XXXIII.

<sup>97</sup> *Ed. cit.*, CXVIII, p. 270.

<sup>98</sup> Gil, trad. *Marco Polo*, pp. LXIII y LXIV.

etimología de ‘metropolis’ en la *Imago mundi* (C58) y que vuelve a emplear en varias ocasiones más para solventar otras etimologías en la misma obra y en la *Historia rerum*<sup>99</sup>.

Pero, además de libros *stricto sensu*, en la biblioteca de Colón se contaron cartas de marear que, según varios testigos, custodiaba esmeradamente para que no pudieran ser consultadas y mapas de varios tipos, como el mapamundi que vio Bernáldez<sup>100</sup>, el mapa que llevaba durante la primera travesía transatlántica o la copia del viaje de Caboto que, a petición suya, le comunica John Day que le envía en la carta de 1497.

En suma, la biblioteca de Colón puede considerarse bastante estimable para lo habitual en un marino de fines del siglo XV e incluso muy superior a la de otros personajes de su entorno<sup>101</sup>, sobresaliendo su constitución con libros no muy comunes, seleccionados en su mayoría con buen tino de acuerdo con su misión.

### III. NUEVAS LECTURAS DE COLÓN

Aparte de las obras mencionadas, cabe escarbar en otras lecturas de Colón a través de vías complementarias, como el examen de las citas esparcidas en sus distintos escritos. Es cierto que una cita por sí sola no prueba nunca la lectura de una obra, especialmente en una época donde seguía pesando como una losa la recurrencia a menciones de segunda mano, expoliadas en antologías o *excerpta* con el propósito de asentar una opinión con una *auctoritas* que se creía adecuada. Mas, en ocasiones, la manera en que un testimonio se produce o el remache en un autor o título conduce a pensar que se ha conocido (al menos, en una parte sustancial). Asimismo, en la indagación de esas lecturas pueden ayudar también las apostillas a varios libros, sobre todo cuando no vienen sugeridas por el contexto, porque, como entrevió Las Casas, a propósito de la *Imago mundi*, sus anotaciones nos revelan «muchas cosas que de otros leía y cogía»<sup>102</sup>.

Se me hace, así, indudable que entre las lecturas de Colón se encontró la *Medea* de Séneca, pues el vaticinio del coro, donde se habla de un marinero que llegaría más allá del mundo conocido, descubriendo «orbes novos» (versos 347-349), no solo lo incorporó al *Libro de las profecías* sino que se lo aplicó a sí mismo mediante una traducción amplificada en que «Tiphis» se convierte en «*um nuevo marinero* como aquel que fue guía de Jásón, que obe nombre Tiphis»<sup>103</sup>.

También se me hace posible que la *Geografía* de Estrabón, fuente esencial de Eneas Silvio, impresa desde 1469 y citada en la *Relación del tercer viaje*<sup>104</sup>, se la hubiera echado al colete, como sugiere don Hernando, pues, aunque no lo tenga claro algún especialista, su hermano Bartolomé la recuerda junto al mapamundi que presentó al rey inglés, por lo que me parece harto difícil que la desconociera Cristóbal.

<sup>99</sup> Vid. Gil, *Mitos y utopías*, pp. 138-140, con detalles interesantes; *id.*, trad. Marco Polo, pp. LXIII y LXIV.

<sup>100</sup> CXVIII, p. 270.

<sup>101</sup> Gil la compara favorablemente con otros coetáneos de Sevilla (*El «Libro de Marco Polo» anotado por Cristóbal Colón...*, pp. XI-XXIII).

<sup>102</sup> *Historia de las Indias*, I, xi, p. 43a.

<sup>103</sup> *Libro de las profecías*, p. 104, párrafos 205 y 206. Recuerda además el texto en una apostilla a la carta autógrafa que, dirigida a los reyes, incluye al comienzo del *Libro de las profecías* (p. 13, párrafo 11). En su ejemplar de las *Tragedias* de Séneca, custodiado en la Biblioteca Colombina, Hernando Colón anotó junto a esos versos lo siguiente: «Haec prophetia impleta est per patrem meum Cristoforum Colon almirantem anno 1492». El pasaje lo recordaron también el mismo Hernando en su *Historia del almirante*, pp. 64-65; Las Casas, I, x, p. 42ab; y López de Gómara, p. 291.

<sup>104</sup> Documento XXX, en *Textos*, p. 380.



A Flavio Josefo (o sea, las *Antigüedades judaicas*) lo nombra en la *Relación del cuarto viaje*<sup>105</sup> y en una carta a su hijo Diego, del 28 de noviembre de 1504<sup>106</sup>, aparte de transcribir un amplio pasaje en los últimos en folio en blanco de la *Historia rerum*.

Debió frecuentar asimismo *La Ciudad de Dios* de san Agustín, a lo que hacen sospechar tres apostillas a la *Imago mundi* que amplifican el relato de Pierre D'Ailly sobre la grandeza del océano, el diluvio y los pueblos de Gog y Magog, sin que en ninguno de los casos la rememoración venga sugerida por el autor<sup>107</sup>; a la misma obra vuelve a recurrir en la *Relación del tercer viaje*<sup>108</sup>, mientras que en uno de los folios finales de la *Historia rerum* copia un pasaje del libro 17, capítulo 24, en que se loa la valía de Esdras como profeta<sup>109</sup>.

A las *Etimologías* de Isidoro (o a alguno de los muchos resúmenes que circularon durante la Edad Media) hubo también de acceder, según hace pensar un largo párrafo incluido en el *Libro de las profecías*<sup>110</sup>.

Del difundidísimo Pedro Comestor, mentado a veces por perifrasis como «maestro de la Historia Escolástica», hay citas literales en una apostilla a D'Ailly<sup>111</sup>, en la *Relación del tercer viaje*<sup>112</sup> y en el *Libro de las profecías*<sup>113</sup>.

Las *Tablas astronómicas* de Alfonso X funcionan como autoridad para tratar de la cronología de la creación en el *Libro de las profecías*<sup>114</sup> y, con el nombre de «las tablas de Toledo», se emplean para matizar opiniones de Pierre D'Ailly en apostillas a su *Ymago mundi* y al *Tratado sobre las leyes y las sectas*<sup>115</sup>.

Por seguro tengo, por fin, su conocimiento del *Universal vocabulario en latín y en romance* de Alonso de Palencia (Sevilla, 1490), citado al final del *Libro de las profecías*<sup>116</sup>.

No me atrevo, sin embargo, a asignarle la lectura de otros autores que menciona aquí y allí, cuyos nombres debió aprender en diferentes escritos (san Ambrosio, san Jerónimo, san Juan Damasceno, Beda o el Tostado, entre otros).

Bien cierto se me hace, con todo, el intenso influjo que en él ejercieron unas cuantas *auctoritates* conocidas de segunda mano. Empezando, así, por los autores grecolatinos, el humanista holandés Gaspar Barleo manifestaba en un discurso de 1632 que en los descubrimientos de Colón y Vespuccio había tenido que ver el crédito prestado a pasajes de Aristóteles, Platón y acaso Séneca («Aristotelis, Platonis et forte Senecae loca in causa fuere»)<sup>117</sup>. Acertaba, por lo que ya sabemos, en lo atinente a Séneca y marraba totalmente en Platón, pero solo a medias en Aristóteles, porque, si bien no lo había leído, a través de Pierre D'Ailly estaba empapado de sus concepciones cosmográficas y su nombradía reforzó sus propias convicciones: por ello, su nombre aparece en no pocas llamadas de atención en los márgenes de la *Imago mundi*<sup>118</sup>, y, por ello, además de asegurar en una apostilla a las *Treinta proposiciones*

<sup>105</sup> Documento LXXIV, en *Textos*, p. 498

<sup>106</sup> Documento LXXXII, en *Textos*, p. 511.

<sup>107</sup> C 23f (junto a san Ambrosio), C 289, C 389; *trad. cit.*, pp. 44, 94 y 121, respectivamente.

<sup>108</sup> Documento XXX, en *Textos*, p. 382.

<sup>109</sup> *Trad. cit.*, p. 262.

<sup>110</sup> *Trad. cit.*, p. 33 (párrafo 79).

<sup>111</sup> C 23g; *trad.*, p. 44.

<sup>112</sup> Documento XXX, pp. 380, 381.

<sup>113</sup> *Ed. cit.*, p. 56.

<sup>114</sup> *Ed. cit.*, p. 14, párrafo 11.

<sup>115</sup> C 56 y C 583; *trad. cit.*, pp. 56 y 335, respectivamente.

<sup>116</sup> *Trad. cit.*, pp. 118-119 (párrafo 237)

<sup>117</sup> Citado por A. Ortega, «El humanismo salmantino en la conquista de América», en *Humanismo cristiano*, Salamanca, 1989, p. 147.

<sup>118</sup> Por ejemplo, C 17c, C 50, etc.; *trad. cit.*, pp. 40, 54

de astrología judiciaria de Gerson que «está de acuerdo la fe»<sup>119</sup> (idea crucial en la época, como sin ir más lejos había predicado D'Ailly en su *Vigintoloquium*), lo eleva a la categoría de «el primero de los filósofos griegos» en otra anotación al *Tratado sobre la ley y las sectas* del mismo D'Ailly<sup>120</sup>. Por ello, también

en el momento de su tercer viaje, Colón lo citó repetidamente en apoyo de su pretensión de haber alcanzado Asia o de haberse aproximado mucho a ese continente<sup>121</sup>.

Algo similar ocurre con Marino, de cuya obra perdida supo a través de Ptolomeo, pese a lo cual sus opiniones tuvieron una huella penetrante en su pensamiento cosmográfico. Lo mismo le sucedió con Alfagrano, de quien, a través de lo que resumía Pierre D'Ailly, aceptó la medida de un grado con la equivalencia de 56 millas y  $2/3$ <sup>122</sup> como una verdad de fe, llegando a escribir en una apostilla a la *Imago mundi*:

la anchura de los climas que verás aquí, en la que todos los autores concuerdan, es de 56 millas y  $2/3$  por grado. Esta medida es exacta, y lo demás es palabrería<sup>123</sup>.

Un último paradigma significativo lo representa el caso de Joaquín de Fiore (1135-1202), campeón de las teorías milenaristas, a quien Colón, posiblemente influido por sus contactos franciscanos<sup>124</sup>, rememora en repetidas ocasiones como consecuencia de la obsesión que le atenaza desde su primer viaje por la conquista de Jerusalén y por la promesa de que de España habría de salir quien la recuperara, una idea que, reviviendo en el entorno del rey don Fernando, rehabilitaba una antigua ambición que arrastraban los reyes de Aragón desde el siglo XIII<sup>125</sup>. Así, en la *Relación del cuarto viaje* comenta:

Jherusalén y el monte Sión a de ser reedificado por mano de christiano; quién a de ser Dios por boca del Propecta en el décimo I cuarto psalmo lo dice. El abad Johachín dixo qu' este avía de salir de España<sup>126</sup>.

De modo análogo, en el *Libro de las profecías*, aparte de otras citas<sup>127</sup>, comenta en carta autógrafa que

el abad Johachín, calabrés, diso que había de salir de España quien había de reedificar la Casa del Monte Sión<sup>128</sup>,

<sup>119</sup> C 887 (trad. cit., p. 349).

<sup>120</sup> C 566, trad. cit., p. 334.

<sup>121</sup> Fernández-Armesto, pp. 57-58. Vid., por ejemplo, en *Textos*, pp. 378, 381, 382.

<sup>122</sup> Vid. las apostillas C 30b y C 31 en la *Imago mundi*, trad. cit., pp. 47 y 48; y C 481 (trad. cit., p. 147) en el *Epilogo al mapamundi*.

<sup>123</sup> C 31; trad. cit., p. 48.

<sup>124</sup> Vid. J. M<sup>a</sup> Arcellus Ulibarrena, «La profecía del abad Joaquín de Fiore en Cristóbal Colón y los franciscanos españoles», en *El libro antiguo español. Actas del segundo Coloquio internacional*, Madrid, 1992, pp. 49-60.

<sup>125</sup> Vid. A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscano español*, Valladolid, 1983, pp. 361-400.

<sup>126</sup> Ed. cit., p. 498.

<sup>127</sup> Ed. cit., pp. 53 (párrafo 110), 55 (párrafo 113).

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 16.

mientras que, al final, transcribe el extracto de una carta «de los embajadores genoveses a los reyes de España [en audiencia] celebrada en Barcelona el año 1492», donde se anota: [www.ahim.es](http://www.ahim.es)

Aseguro con todo respeto y razón que a vosotros, magníficos reyes, os están reservadas empresas mayores, puesto que ciertamente hemos leído que el abad calabrés Joaquín predijo que de España sería quien había de reconstruir la ciudadela de Sión<sup>129</sup>.

#### IV. UNOS APUNTES MÁS

Las apostillas en diversos ejemplares, así como la recopilación de autoridades en el *Libro de las profecías*, evidencian que Colón leía con suma minucia y atención, lo que le condujo también a recopilar algunos pasajes en folios de papel, a los que se refirió varias veces en la *Imago mundi* («in nostris cartis a papiro», «in cartis») y que se encuadernaron al final del volumen de la *Historia rerum* preservado en la Biblioteca Colombina<sup>130</sup>. En ocasiones, además, lejos de comportarse como un lector pasivo, don Cristóbal adopta una actitud moderna y renacentista ante las fuentes, al rebelarse decididamente contra la información contenida en una obra, como muestran varias anotaciones marginales en la traducción de Plinio: «falsa reçitat hoc in capitulo et non prebeo fiden» (II 1, p. 177), «non est veritas» (II 27, p. 177).

En otros casos la falta de criterio se impuso y entonces las lecturas le influyeron hasta tal punto que, por ejemplo, nadie logró persuadirle de que no había arribado a las Indias y, una vez en tierras americanas, transformó repetidamente la realidad deformándola, de modo que veía lo que le mostraba la imaginación fatua de lo aprendido en los libros, especialmente cuando de prodigios y maravillas se trataba (animales fantásticos, monstruos, riquezas sublimes)<sup>131</sup>. Por eso, en algunas cuestiones llegó a alejarse de las autoridades más celebradas como Ptolomeo, prefiriendo tradiciones fabulosas de «sanctos y sacros teólogos» que, unidas a su preconcebida percepción, le hicieron convencerse de que el paraíso se hallaba en la zona ecuatorial y que la tierra no era esférica

en la forma que escriven, salvo qu'es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuese como una teta de muger allí puesta<sup>132</sup>.

Conviene, con todo, resaltar que tal actitud no desentona con la abrazada por otros viajeros anteriores y posteriores y con la credulidad que mostraron ante cuestiones legendarias semejantes<sup>133</sup>.

Se ha recordado reiteradamente, con el propósito de amenguar los saberes de Colón, la pintura que de él transmite Bernáldez como un «onbre de muy alto ingenio sin saber muchas letras»<sup>134</sup>. Mas, sin insistir en los errores de bulto que acumula a veces el cura de los Palacios<sup>135</sup>,

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 113, párrafo 224. El pasaje no aparece en el texto conservado de la carta, según recuerda Fernández Valverde (*trad. cit.*, p. XIX), remitiendo a C. De Lollis, *Raccolta* I ii, p. 148, n. 2. .

<sup>130</sup> Vid. las observaciones de Gil 1992, p. 93; Gil, ed. *Marco Polo*, pp. IX-X.

<sup>131</sup> Vid. Gil, *Mitos y leyendas*, sobre todo el capítulo I, pp. 21-56.

<sup>132</sup> *Relación del tercer viaje*, documento XXX, en *Textos*, p. 377; y cf. pp. 377-378, además de su carta al papa, de febrero de 1502 (documento LXIX, en *Textos*, pp. 479-481 [479-480])

<sup>133</sup> He planteado algunas observaciones de este tipo sobre la credibilidad de Fernando de Rojas y otros; vid. N. Salvador Miguel, «Animales fantásticos en *La Celestina*», en *Diavoli e mostri in scena dal Medioevo al Rinascimento*, Viterbo, 1989, pp. 283-302.

<sup>134</sup> *Ed. cit.*, CXVIII, p. 270.

hay que recalcar que a renglón seguido lo define como «muy astuto en el arte de la cosmografía del repartir del mundo», añadiendo que había leído a Ptolomeo «e otros libros». El juicio completo de Bernáldez se aproxima más, así, a otros diseños, como el de su hijo o el de Las Casas, para quienes el almirante era persona de sólida instrucción<sup>136</sup>. A los tres hay que concederles, no obstante, un valor relativo. Colón, en efecto, se encontraba a una gran distancia cultural de los renombrados *litterati* del momento, a algunos de los cuales (Pedro Mártir de Anglería o Alfonso de Palencia) trató con bastante probabilidad en sus contactos con la corte. Pero, para quien no pasaba de ser un autodidacta, hay que reconocerle una formación notable y un ansia viva de aprender que desde muy temprano compaginó con su experiencia marinera.

Durante el primer viaje, al redactar el *Diario de a bordo*, Colón dará un paso trascendental, convirtiéndose de lector en escritor, una actividad que, pese al ajetreo de otros viajes y de deberes múltiples, reflejará hasta su muerte, con muy relevantes logros, en cartas, ordenanzas y documentos, y, de modo especial, en las relaciones de sus periplos y, con la ayuda de Gorrício, en el *Libro de las profecías*<sup>137</sup>, recopilación de pasajes bíblicos y de los Padres iniciada en el otoño de 1501.

---

<sup>135</sup> Así, al ocuparse del nacimiento de Isabel la Católica, «confunde el día, el mes, el año, el lugar y hasta el nombre de la madre en un párrafo que debía figurar como *exemplum* para historiadores indocumentados»: N. Salvador Miguel, *art. cit.* en nota 8, p. 156.

<sup>136</sup> Vid. *supra*, n. 7.

<sup>137</sup> Edición del texto original en *Raccolta I*, ii, pp. 75-160. Vid. Cristóbal Colón, *Libro de las profecías*, trad. J. Fernández Valverde, Madrid, 1992; y el tomo que dedica a la obra Rusconi en *Nuova Raccolta colombiana*, Roma, III i, 1993.